

11220

En^o 18/68

CATALOGO
DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA BIBLIOTECA

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

ESTE CUARTO NO SE ALQUILA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:

OFICINAS: PEZ, 40, 2.^o

1867.

L47 - 5669

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
 Amor de antaño.
 Abelardo y Eloísa.
 Abnegación y nobleza.
 Ángela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcanos del alma.
 Amar despues de la muerte.
 Al mejor cazador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 A caza de cuervos.
 A caza de herencias.
 Amor, poder y pelucas.
 Amar por señas.
 A falta de pan...
 Artículo por artículo.
 Aventuras imperiales.
 Achaques matrimoniales.
 Andarse por las ramas.
 A pan y agua.
 Al Africa.
 Bonito viaje.
 Boadicea, *trama heroica*.
 Batalla de reinas.
 Berta la flamenco.
 Barómetro conyugal.
 Bienes mal adquiridos.
 Bien vengas mal si vienes solo.
 Bondades y desventuras.
 Corregir al que yerra.
 Cañizares y Guevara.
 Cosas suyas.
 Calamidades.
 Como dos gotas de agua.
 Cuatro agravios y ninguno.
 Como se empena un marido!
 Con razon y sin razon.
 Como se rompen palabras.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parientes y amigos.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Costumbres politicas.
 Contraste s.
 Catilina.
 Carlos IX y los Hugonotes.
 arnioli
 Candidito.
 Caprichos del corazon.
 Con canas y polleando.
 Culpa y castigo.
 Crisis matrimonial.
 Cristóbal Colon.
 Corregir al que yerra.
 Clementina.
 Con la música á otra parte.
 Gara y cruz.
 Dos sobrinos contra un tio.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Deudas de la conciencia.
 Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 Dos artistas.
 Diana de San Roman.
 D. Tomás.
 De audaces es la fortuna.
 Dos hijos sin padre.
 Donde menos se piensa...
 D. José, Pepe y Pepito.
 Dos mirlos blancos.
 Deudas de la honra.
 De la mano á la boca.
 Noble emboscada.
 El amor y la moda.
 ¡Está loca!

En mangas de camisa.
 El que no cae... resbala.
 El niño perdido.
 El querer y el rascar...
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 El filántropo.
 El hijo de tres padres.
 El último vals de Weber.
 El hongo y el miriñaque.
 ¡Es una maíva!
 Echar por el atajo.
 Sicaivo de los maridos.
 El onceno no estorbar.
 El anillo del Rey.
 El caballero feudal.
 ¡Es un ángel!
 El 5 de agosto.
 El escondido y la tapada.
 El licenciado Vidriera.
 ¡En crisis!
 El Justicia de Aragón.
 El Monarca y el Judío.
 El rico y el pobre.
 El beso de Judas.
 El alma del Rey García.
 El afán de tener novio.
 El juicio público.
 El sitio de Sebastopol.
 El todo por el todo.
 El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
 El que las da las toma.
 El camino de presidio.
 El honor y el dinero.
 El payaso.
 Este cuarto se alquila.
 Esposa y mártir.
 El pan de cada día.
 El mestizo.
 El diablo en Amberes.
 El ciego.
 El protegido de las nubes.
 El marqués y el marquésito.
 El reloj de San Plácido.
 El bello ideal.
 El castigo de una falta.
 El estandarte español en las costas africanas.
 El conde de Montecristo.
 Elena, ó hermana y rival.
 Esperanza.
 El grito de la conciencia.
 ¡El autor! ¡El autor!
 El enemigo en casa.
 El último pichón.
 El literato por fuerza.
 El alma en un hilo.
 El alcalde de Pedroñeras.
 Egoísmo y honradez.
 El hijo de la familia.
 El dinero del ahorcado.
 El dinero.
 El forobado.
 El Diabolo.
 El Arte de ser feliz.
 El que no la corre antes...
 El loco por fuerza.
 El soplo del diablo.
 El pastelero de Paris.
 Furor parlamentario.
 Faltas juveniles.
 Francisco Pizarro.
 Fè en Dios.
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo.
 Genio y figura.
 Historia china.
 Hacer cuenta sin la huéspedea.
 Herencia de lágrimas.
 Instintos de Alarcon.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Medicis.
 Ilusiones de la vida.
 Imperfecciones.
 Intrigas de tocador.
 Ilusiones de la vida.
 Jaime el Barbudo.
 Juan Sin Tierra.
 Juan Sin Pena.
 Jorge el artesano.
 Juan Diente.
 Los nerviosos.
 Los amantes de Chinchon.
 Lo mejor de los dados...
 Los dos sargenios españoles.
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un casero.
 La hija del rey René.
 Los extremos.
 Los dedos huéspedes.
 Los éxtasis.
 La posdata de una carta.
 La mosquita muerta.
 La hidrofobia.
 La cuenta del zapatero.
 Los quid pro quos.
 La Torre de Londres.
 Los amantes de Teruel.
 La verdad en el espejo.
 La banda de la Condesa.
 La esposa de Sancho el Bravo.
 La boda de Quevedo.
 La Creacion y el Diluvio.
 La gloria del arte.
 La Gitanilla de Madrid.
 La Madre de San Fernando.
 Las flores de Don Juan.
 Las apuercas.
 Las guerras civiles.
 Lecciones de amor.
 Los maridos.
 La lápida mortuoria.
 La bolsa y el bolsillo.
 La libertad de Florencia.
 La Archiduquesita.
 La escuela de los amigos.
 La escuela de los perdidos.
 La escala del poder.
 Las cuatro estaciones.
 La Providencia.
 Los tres panqueros.
 Las hermanas de la Caridad.
 La niña Iris.
 La dicha en el bien ajeno.
 La mujer del pueblo.
 Las bodas de Camacho.
 La cruz del misterio.
 Los pobres de Madrid.
 La planta exótica.
 Las mujeres.
 La union en Africa.
 Las dos Reinas.
 La piedra filosofal.
 La corona de Castilla (alegoria)
 La calle de la Montera.
 Los pecados de los padres.
 Los infieles.
 Los moros del Riff.

ESTABLISHED 1852

ESTABLISHED 1852

ESTE CUARTO NO SE ALQUILA,

JUGUETE GÓMICO EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

D. P. MORENO GIL.

Escrito expresamente para la inteligente actriz Doña Josefa Hijosa, y estrenado en el teatro de Variedades la noche del 30 de Abril de 1863.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1867.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los Sres. *Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Habiendo examinado este juguete, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada.

Madrid 24 de Abril de 1865.

El censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

PERSONAJES.

ACTORES.

VICTORINA.....	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
DON RUFINO.....	DON EMILIO MARIO.
CÁRLOS.....	DON RICARDO MORALES.

La escena en Madrid y en nuestros días.

ANTONIO TARRA DEL RÍO.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada: balcon al foro, con papeles á un lado que indica ser casa de huéspedes: dos puertas á la derecha y otras dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

VICTORINA aparece bordando junto al velador. CARLOS por la segunda puerta de la izquierda.

CARLOS. (Sallendo.) Buenos días, Victorina: mucho me extraña ver á usted tan temprano dedicada ya á los negocios domésticos!... eso será sin duda para olvidar el mal humor de anoche: no es verdad?

VICTORIN. Es usted un ingrato, un malvado á quien no debia volver á hablar en toda mi vida!

CARLOS. Por qué razon?

VICTORIN. Le parece á usted justo irse anoche al teatro y no decirme siquiera una palabra? no lo digo porque yo hubiera ido con usted, pues una jóven como yo sabe guardar muy bien su propia dignidad; pero siquiera por atencion...

CARLOS. Y quién le ha dicho á usted que yo estuve anoche en el teatro?

VICTORIN. Aun será usted capaz de negarlo!

- CARLOS. Como usted no me dejó hablar, creí más prudente retirarme á mi gabinete y esperar á que la atmósfera no estuviese tan cargada.
- VICTORIN. Ya entiendo: y usted, por no molestarme, ha preferido... dejar correr mis lágrimas toda la noche.
- CARLOS. Eran ya las doce, hora bastante respetable para que yo la detuviera por más tiempo: además, usted me dijo que estaba ya cansada de esperarme y que deseaba recogerse.
- VICTORIN. Es cierto: pero cuando una mujer lleva la duda en su corazón, ni deben escucharse sus palabras ni mucho menos dejarla así... sola... á las altas horas de la noche.
- CARLOS. Yo no hice más que obedecer.
- VICTORIN. Obedecer!.. sí!... tendría usted sueño ó estaría cansado y creyó tomar el partido más conveniente.
- CARLOS. Pero Victorina...
- VICTORIN. En fin, usted es libre y dueño de hacer lo que más le convenga; tiene usted razón: yo soy una insensata en pensar otra cosa y en dar pábulo al verdadero afecto que ha sabido usted despertar en mi alma!... (Llorando.) Qué más podía esperar una pobre jóven, huérfana, sin más amparo en el mundo que el de las almas caritativas que vienen á hospedarse en su casa!... Jesús!... por cuántas pruebas tiene que pasar el corazón de una jóven que se ve reducida á alquilar su propia habitación!
- CARLOS. (Consolándola.) Vamos, Victorina; enjague usted esas lágrimas, que no hay motivo para tanto.
- VICTORIN. Me ha clavado usted un puñal!
- CARLOS. Yo, Victorina!
- VICTORIN. Sí señor, un puñal que ha atravesado mi pecho de parte á parte!
- CARLOS. Qué haría yo por consolar á usted?
- VICTORIN. Consolarme!... cree usted que es tan fácil [consolar el corazón de una jóven impresionable!...
- CARLOS. Victorina!...
- VICTORIN. Déjeme usted.
- CARLOS. (Sacando una pastilla.) ¿Quiere usted una pastillita de café?

VICTORIN. Es decir... que yo he de ceder siempre!

CARLOS. Si es una pastillita...

VICTORIN. (Cogiéndola.) Traiga usted, hombre, traiga usted: quiero probar á usted que no sé guardar rencor.

CARLOS. Son de la Mahonesa; y como yo sé que le gustan á usted tanto... (Al sacar varias pastillas que pone sobre el velador, deja caer del bolsillo una carta que recoge con prontitud.)

VICTORIN. Qué carta es esa?

CARLOS. (Procurando ocultarla.) Esta carta?... ah, sí!... pero antes debo decir á usted que anoche vine algo tarde porque estuve á ver á mi tío, el diputado por Toledo.

VICTORIN. (Con impaciencia.) Bien, sí; pero esa carta...

CARLOS. Ah, sí!... pues bien, esa carta... es una carta.

VICTORIN. Eso me ha parecido á mí también.

CARLOS. Que me escribe...

VICTORIN. Quién?

CARLOS. Mi padre.

VICTORIN. Hombre!... y para eso tanta conversacion!...

CARLOS. Es que... la verdad, no quisiera...

VICTORIN. Razon más para que yo quiera.

CARLOS. Bueno, bueno, la leeré; pero conste que yo no estoy conforme...

VICTORIN. Yo sí, adelante.

CARLOS. (Leyendo.) «Querido hijo:» lo ve usted? de mi padre.

VICTORIN. Sí, hombre, sí; ya me figuro lo que es un padre.

CARLOS. «Acabo de llegar á Toledo y mañana á las ocho saldré »en el tren que llegaré á esa á las once.»

(Mirando al reloj de la consola.) Cáspita!... pues si son más de las diez y media!...

VICTORIN. (Deteniéndole.) En un coche se llega en cuatro minutos á la estación.

CARLOS. Pero...

VICTORIN. Sepamos lo que sucede despues de las once.

CARLOS. «Dirás á tu tío...»

VICTORIN. (Mirando la carta y señalando.) No, no; si no dice eso: se ha pasado usted un párrafo.

CARLOS. Es verdad. «Como voy á verte muy pronto no me cansaré mucho en decirte las noticias que han llegado á mi oído...» Pero Victorina, repare usted que es muy tarde!

VICTORIN. (Señalando la carta.) «Á mi oído...

CARLOS. «Sobre ciertos amorios con una...» No, Victorina; yo no cargo con la responsabilidad de estas líneas: además, mi padre no la conoce á usted y nada tiene de extraño que esté mal informado.

VICTORIN. Nada ciertamente, pero... continúe usted leyendo.

CARLOS. «Con una de esas muchas que hay por esa Babel á »caza de gangas. Ya sabes que todos hemos convenido »en... en...»

VICTORIN. (Leyendo.) «En casarte con tu prima Nicolasa.»

CARLOS. Repito que...

VICTORIN. Siga usted, hombre, siga usted: si eso es de cajón entre las familias!

CARLOS. Es que yo no accederé nunca!

VICTORIN. Soy de la misma opinión. (Señalando la carta.) «Con tu »prima Nicolasa.»

CARLOS. «Que además de sus buenas prendas es inmensamente »rica.» Pero esto es un suplicio!

VICTORIN. Ya ve usted!... un partido tan ventajoso!...

CARLOS. Casarme yo con una lugareña!... Victorina, usted abusa de mi posición! usted, á quien hace tanto tiempo he consagrado ..

VICTORIN. (Intercumpiéndole.) No dice más la carta?

CARLOS. (Dándosela.) Tome usted; puede usted enterarse de todo, ya que sabe lo principal de su contenido.

VICTORIN. (Cogiéndola.) Ahora... no diga usted que yo le detengo: el tren debe de llegar de un momento á otro, si es que ya no ha llegado, y no es justo que su padre de usted venga solo.

CARLOS. Voy corriendo; pero antes Victorina, me promete usted olvidar...

VICTORIN. Vaya usted con Dios, hombre, vaya usted con Dios, y no tome usted las cosas tan á pecho.

CARLOS. De veras? olvidaría usted...

VICTORIN. Que van á dar las once.

CARLOS. Si usted me permitiera...

VICTORIN. Qué?

CARLOS. Hacer las paces como siempre.

VICTORIN. Usted abusa, Cárlos!

CARLOS. Esta vez nada más!

VICTORIN. Sí señor; usted abusa!

CARLOS. Victorina!...

VICTORIN. (Con entonacion exagerada, extendiendo el brazo.) Sea usted feliz!

CARLOS. (Besándola la mano.) Ah! (Vase Cárlos por la segunda puerta derecha.)

ESCENA II.

VICTORINA.

Qué amable joven!... Estoy segura que me ama; sí, me ama con todo el amor de un estudiante de sexto año de medicina! (Fijándose en la carta.) Pero esta carta... Oh... es preciso impedir este enlace: afortunadamente el padre llega hoy mismo y podremos luchar frente á frente. (Acercándose á la primera puerta de la derecha y dirigiéndose al interior.) Rosa, prepare usted el gabinetito para un nuevo huésped. (Volviendo á la escena.) Casarse con su prima!... eso seria un absurdo! porque al fin yo... digo, me parece que no debo compararme á una lugareña. Es verdad que ella, segun dice el padre, tiene muchos cuartos... y yo... yo no tengo más que el alquiler de uno que tengo que alquilar! la diferencia es notable, pero no importa; yo amo á Carlos, él me ama y eso vale más que todo. (Suena dentro una campanilla.) Han llamado: quién será? Es demasiado pronto para que vuelva Cárlos. (Mirando por la segunda puerta de la derecha.) Un forastero! El corazon me dice que acabo de reconocer á mi suegro!

ESCENA III.

VICTORINA, D. RUFINO en traje de camino.

RUFINO. (Desde la puerta.) Se puede entrar?

VICTORIN. Adelante, caballero.

RUFINO. Sabrá usted decirme si vive aquí mi hijo?

VICTORIN. Su hijo de usted?

RUFINO. Sí señora.

VICTORIN. Y quién es su hijo de usted?

RUFINO. (Volviéndose.) Entonces no vive aquí: perdone usted, señora; siento haberme equivocado.

VICTORIN. Tal vez no, pero si usted no precisa un ¡poco más la pregunta!... quiero decir, que si usted no me dice el nombre de su hijo no podré complacer á usted.

RUFINO. Pues si no es más que eso!... mi hijo se llama Cárlos Maria Sandoval de Rojas y Portillo, hijo de doña Maria Escolástica Portillo de Santibañez y de don Rufino Sandoval de Rojas, servidor de usted, hacendado en Ajofrin, pueblo muy rico de la provincia de Toledo, para servir á Dios y á usted: peso además varias haciendas en Burguillos, Nambroca, Sonseca...

VICTORIN. Lo celebro mucho.

RUFINO. Tambien he comprado por cinco años los pastos de la dehesa de Aliman, que tengo el gusto de ofrecer á usted.

VICTORIN. Muchas gracias.

RUFINO. Tengo además cinco olivares...

VICTORIN. (Interrumpiéndole.) Pues sí; su hijo de usted vive aquí.

RUFINO. Ya decia yo!

VICTORIN. Pero no está.

RUFINO. Que no está? pues entonces cómo vive aquí?

VICTORIN. Hombre!... porque ha salido.

RUFINO. Ya!

VICTORIN. Ha ido á esperar á usted á la estacion.

RUFINO. Á esperarme!... pues ó mucho me engaño ó lo que es allí difícilillo es ya que me encuentre.

VICTORIN. (Ofreciéndole una silla.) No quiere usted descansar un momento? así podrá usted esperar á su hijo con más comodidad.

RUFINO. (Sentándose.) Muchas gracias, señora: es usted muy fina.

VICTORIN. Desea usted tomar alguna cosa?

RUFINO. No quisiera abusar con mi ruda franqueza de su buena atencion!

VICTORIN. Usted puede mandar aquí como en su propia casa.

RUFINO. Repito que es usted muy amable! pero... la verdad, señora, yo no sé cómo decir á usted que quisiera un vaso de agua! (Viendo á Victorina que va por la bandeja que estará sobre un velador.) (Cuando digo que es muy servicial esta jóven! no se parece á las de por allá!)

VICTORIN. Aquí tiene usted, señor don...

RUFINO. Rufino, para servir á Dios y á usted. (Bebe y despues se la queda mirando.) Muchas gracias, jóven; (caramba!... y que es como una perla!)

VICTORIN. Quiere usted alguna cosa más?

RUFINO. Si no tiene usted inconveniente... quisiera entrar mi equipaje en mi habitación.

VICTORIN. No se moleste usted por eso; yo haré que le pasen á su gabinete.

RUFINO. Estoy á los pies de usted.

VICTORIN. Beso á usted la mano.

RUFINO. Servidor de usted. (Váse Victorina por la segunda puerta derecha.)

ESCENA IV.

D. RUFINO.

Lo dicho!... es muy amable... y muy linda esta jóven. (Mirando la habitación.) Y lo que es la casa está más que decente! es claro; como ahora todas las señoritas principales de Madrid tienen que tener algun huesped para pagar los alquileres de los cuartos, no es extraño encontrar casas como esta. Si será alguna marquesa!

Procuremos ser finos no digan que en el pueblo no tenemos educacion.

ESCENA V.

D. RUFINO, VICTORINA por la primera puerta derecha.

VICTORIN. Dentro de un momento tendrá usted ya preparado su gabinete; sin embargo, ya he dicho á usted que puede disponer de toda la casa.

RUFINO. Estoy á los pies de usted. Si usted me permite esperar aquí entre tanto á mi hijo...

VICTORIN. Con mucho gusto.

RUFINO. Yo soy muy franco, señora, usted me inspira confianza y quisiera antes de ver á ese calavera echar un párrafo con usted.

VICTORIN. En qué puedo complacerle?

RUFINO. Si usted quisiera sentarse... (Se sientan.)

VICTORIN. Ya escucho.

RUFINO. Decia que mi hijo... porque ya he dicho á usted que yo soy el padre...

VICTORIN. De su hijo; sí señor, ya hemos convenido en eso.

RUFINO. Pues bien; mi hijo es un mala cabeza, un tronera á quien me veo en el caso de sujetar, llevándome hoy mismo al pueblo.

VICTORIN. Está usted seguro de eso?

RUFINO. Que si estoy seguro!... como que lo he sabido por un escribano, amigo mio, á quien dejé aquí encargado á mi hijo.

VICTORIN. Y no puede el escribano haberse engañado?

RUFINO. Un escribano no se engaña nunca: podrá engañar á los demas, pero... En fin, Carlos es mi hijo único, y aunque poseo muchas haciendas, como ya he dicho á usted, yo quisiera que fuese el rey del pueblo.

VICTORIN. Eso es muy natural.

RUFINO. Mi primo Leoncio... porque yo tengo un primo.

VICTORIN. Tambien eso es muy natural.

RUFINO. Tiene una hija que se llama Nicolasa, y como en el pueblo hay tanto bárbaro...

VICTORIN. Sigue siendo todo eso muy natural.

RUFINO. Mi hijo Cárlos está llamado á ser, por votacion de la familia, el marido de su prima; no le parece á usted tambien muy natural?

VICTORIN. Diré á usted; eso... puede ya ofrecer algunos inconvenientes.

RUFINO. Cuando le digo á usted que mi primo Leoncio y yo lo tenemos ya casi arreglado! solo falta que él consienta en dejar á los chicos el ganado vacuno y ya está todo; y yo creo que, aunque es muy testarudo, al fin consentirá.

VICTORIN. Todo eso está muy bien; pero si ellos no se aman!...

RUFINO. Anda, anda, anda!... si apenas se conocen ¿cómo quiere usted que esten ya indispuestos? Además, ella es muy rica y...

VICTORIN. Y cree usted, señor don Rufino, que eso basta para labrar la felicidad de un matrimonio?

RUFINO. Pues es claro; por dinero baila el perro, como dice el refran; y por aquello de que los duelos con pan son ménos, se casarán los chicos y serán los príncipes de toda la comarca. Vaya, vaya!... tambien sabemos ya por allá que hoy el dinero es todo!... qué... si nos vamos haciendo ya en el pueblo más matemáticos!... que ni el que descubrió la imprenta! progresamos, progresamos, no lo dude usted! (Breve pausa.)

VICTORIN. (Volviendose hácia don Rufino y con afectada entonacion.) Escuche usted, señor don Rufino, y crea usted que mi interés... es el interés de su propio hijo.

RUFINO. Muchas gracias, señora.

VICTORIN. Nadie mejor que usted puede conocer lo que vale el cariño conyugal; usted es casado y...

RUFINO. No, señora; dejé de serlo hace veinte años.

VICTORIN. Ah!... es usted viudo!...

RUFINO. Solo estuve casado un año, y en un año ya puede usted suponer...

VICTORIN. Entónces no es usted voto en la materia! pero es lo mismo. (Con énfasis.) Usted ha leído los amantes de Te-ruel?

RUFINO. No, señora; yo no leo esas cosas.

VICTORIN. (Con entonacion aun más afectada.) Imagínese usted, por un momento, dos séres creados el uno para el otro... por sus propias madres: ambos estrechan desde la infancia sus tiernos corazones; su cariño va creciendo con los años; viven dentro de un solo sentimiento... se aman! todo cuanto les rodea les sonríe; las flores, el espacio, la luz, todo les envuelve en un éxtasis de amoroso encanto y hallan la felicidad do quier que dirigen sus miradas! (D. Rufino la escucha con admiracion.) Ah!... señor don Rufino; no crea usted que los cuartos son la única felicidad de la tierra! Case usted, en buen hora, á su hijo con su prima Nicolasa, pero antes... antes procure usted que se despierte en ellos ese bello sentimiento del corazon que hace brotar la alegría por todos los poros de nuestro cuerpo.

RUFINO. Cree usted, señora...

VICTORIN. Ah!... sí!... dónde buscar la dicha mejor que en el seno de un familia cariñosa? usted mismo, por ejemplo, cuando se retira de las faenas del campo, cuando vuelve cansado de recorrer sus posesiones, ¿no encuentra un vacío al verse solo, sin una dulce compañera que enjague el sudor de su frente, que le acaricie, que le despoje del frío vestido que la lluvia ó la nieve ha humedecido, que despues de encender dos gruesos troncos que den calor á su yerto cuerpo, ponga delante de usted la limpia mesa, cubierta del blanco mantel que sirve de lecho á las ricas viandas que con tanto esmero ha preparado durante su ausencia?... Y bien, señor don Rufino, puede 'hacer todo eso una mujer que no sienta hácia usted todo el amor que merece una persona querida!... Créame usted, señor don Rufino; sin el amor la vida es un paréntesis, una frase sin concluir un periodo que acaba con puntos suspensivos!

RUFINO. Es verdad: confieso á usted que aunque no he comprendido ni una palabra de lo que me ha dicho, me ha convencido por completo: más aun, me ha enternecido. En veinte años, ménos tres ó cuatro dias despues de *la muerte de mi difunta*, no he sentido tanto su falta como en este momento.

VICTORIN. Lo creo, señor don Rufino.

RUFINO. Usted tiene mucho talento y mira las cosas por el lado que deben verse! sí, señora!... si viviera mi pobre Escolástica yo haria que usted la enseñase todas esas cosas.

VICTORIN. Eso es ya imposible y creo que he hecho mal en recordar tiempos pasados; pero usted aun es jóven y...

RUFINO. Señora...

VICTORIN. Quiero decir, que aun puede reponer algun tanto tan sensible pérdida.

RUFINO. Usted cree...

VICTORIN. Y por qué no?... usted podrá tener...

RUFINO. Cuarenta y ocho años.

VICTORIN. La edad del hombre! esa misma tenia mi difunto pap á el coronel de caballeria,—porque yo soy hija de un coronel de caballeria,—cuando se casó con mamá, que apenas contaba veinte años!...

RUFINO. Y dice usted...

VICTORIN. Que fueron muy felices! cuántas veces le oí decir al autor de mis dias—porque ya he dicho á usted que yo soy hija de un coronel de caballeria.

RUFINO. No lo habia olvidado.

VICTORIN. Pues bien; decia que el hombre debe casarse á esa edad, porque ya la experiencia de la vida le abre el gran libro de la razon para dirigir y educar á su esposa y á sus hijos, si los tiene, por el *mejor* recto camin, de la felicidad.

RUFINO. Su padre de usted debia de tener mucho talento!

VICTORIN. Ay! sí señor!... su sabiduria le llevó á la tumba.

RUFINO. Cómo!

VICTORIN. En un carro fúnebre!

RUFINO. Ah!

VICTORIN. Conocía bastante la medecina y por curar á sus soldados, á quienes queria como á hijos, murió (del cólera en el hospital de Sevilla. Mi mamá murió tambien de pesar al poco tiempo y yo quedé huérfana, sola en el mundo, sin más escudo que mi propia honradez y sin más medios que el trabajo de mis manos... y el de mis huéspedes!

RUFINO. (Acercando la silla.) Quién sabe si algun dia encontrará usted quien sepa apreciar tantas cosas buenas como usted tiene!

VICTORIN. Ah! sí señor, don Rufino!... espero en Dios que algun dia será recompensada por mis servicios.

RUFINO. Pues ya lo creo! (Mirándola con inquietud.) tan jóven... y con esos sentimientos tan... tan caritativos... Ha sido usted casada alguna vez?

VICTORIN. (Ruborizándose.) Ay!... no señor!... soy doncella!...

RUFINO. Doncella!... pues sí señora; usted encontrará lo que le falta, no lo dude usted.

VICTORIN. Y quién ha de hacer caso de una pobre huérfana?

RUFINO. Que quién? cualquiera que tenga ojos para mirar á usted.

VICTORIN. Usted cree...

RUFINO. Que sí lo creo!... (Levantándose.) (Rufino, Rufino! no pierdas los estribos!...)

VICTORIN. Va usted á su gabinete?

RUFINO. Sí señora: allí esperaré á mi hijo, si tiene usted la bondad de decirle que he llegado.

VICTORIN. Ya sabe usted que solo deseo complacerle.

RUFINO. Estoy á los pies de usted.

VICTORIN. Beso á usted la mano.

RUFINO. Servidor de usted. (Se dirige hácia el gabinete.)

VICTORIN. Ah!

RUFINO. (Volviéndose.) Qué?

VICTORIN. (Llamándole con imperiosa importancia.) Señor don Rufino: si á usted le incomodan los vestidos que estan en la alcoba, diré á Rosa que los saque.

RUFINO. Los vestidos!...

VICTORIN. Sí señor: he tenido el gusto de ceder á usted mi habitación.

RUFINO. Ah!... con que usted... (Señalando el gabinete.)

VICTORIN. Sí.

RUFINO. Pues no... no señora: no me incomodan; todo lo contrario; si usted quiere... dejar alguna otra cosa. (Cuando digo que es muy fina esta jóven!) Estoy á los pies de usted.

VICTORIN. Beso á usted la mano.

RUFINO. Servidor de usted. (Entra en el gabinete.)

ESCENA VI.

VICTORINA, despues CÁRLOS, por la segunda puerta derecha.

VICTORIN. Perfectamente: la honradez de mi suegro merece que se lleve este asunto con toda formalidad: establezcamos nuestro código matrimonial!... «Artículo primero: don »Rufino concluirá por enamorarse paternalmente de »la futura de su hijo—esa soy yo—para lo cual concede la ley vigente que se le maree un poco, con cualquier de los medios que posee la mujer.» (Con seguridad.) Se le mareará. «Artículo segundo: don Rufino se »casará con su sobrina Nicolasa, con el santo fin de »aumentar sus haciendas... etc., etc.,» Se intentará. «Artículo tercero: don Rufino no podrá llevarse al pueblo á su hijo sin llevarse tambien á su prometida.»— Se la llevará. Basta por ahora: se continuará en caso necesario. Oh, porvenir!... cuántos sinsabores cuestras á las tímidas doncellas!... (Suena dentro una campanilla.) Ah!... será Carlos. (Mirando adentro.) Sí, él es... es preciso que convenga conmigo en todo. (Como recordando una nueva idea.) Ah! «Artículo cuarto: si hay necesidad, se »le mareará tambien al hijo un poco más de lo que »está.»

CÁRLOS. (Entrando.) Victorina...

VICTORIN. Silencio!... no vaya usted á empezar ya con sus imprudencias.

CARLOS. Mi padre tal vez...

VICTORIN. Está ahí. (Señalando el gabinete.)

CARLOS. (Sobresaltado.) En su gabinete de usted?

VICTORIN. Y qué mal hay en eso?

CARLOS. Pero sabe que es su habitacion de usted?

VICTORIN. Sí señor.

CARLOS. Y usted misma se lo ha dicho!

VICTORIN. Ay Cárlos!... ya sospecho... usted me compromete! ha dejado usted sin duda olvidada alguna cosa.

CARLOS. Como usted me permite escribir ahí por las noches...

VICTORIN. Acabe usted.

CARLOS. Encima del velador deben estar mis libros y mis papeles, y ademas...

VICTORIN. Su levita de usted! que he tenido la imprudencia de colgar con mis vestidos para que no se apollara.

CARLOS. Si señora; y las babuchas que me mandó mi prima Nicolasa.

VICTORIN. Las babuchas!... basta, Cárlos: ahora reconozco que he sido demasiado bondadosa con sus exigencias.

CARLOS. Y qué hacemos si mi padre descubre...

VICTORIN. Nuestra propia inocencia nos salvará: no tema usted, jóven aturdido.

CARLOS. Ah, Victorina! cuánto tengo que agradecer á usted!

VICTORIN. Cárlos!... refrénesse usted.

CARLOS. La amo á usted tanto que creo que ni delante de mi padre sabré disimularlo.

VICTORIN. Y aun se atreve usted á murmurar frases candentes en mi oído!... aun se atreve á recordar sus juramentos cuando va á casarse con su prima Nicolasa!...

CARLOS. Nunca, Victorina; primero renunciaria á todo en el mundo que separarme de su lado.

VICTORIN. Seria usted capaz...

CARLOS. De todo!

VICTORIN. Oh!... retire usted esa mirada, Cárlos!... no abuse usted de la exquisita sensibilidad de mi corazón!

CARLOS. Victorina!

VICTORIN. Silencio!... si su padre de usted llegara á sospechar...

CARLOS. No tema usted; mi padre no entiende ya mucho de estas cosas.

VICTORIN. Sin embargo; el amor es como los miriñaques, que siempre dejan un lado visible.

CARLOS. (Mirando al interior del gabinete.) Mi padre sale.

VICTORIN. Entréguese usted por algunos instantes al cariño filial!

CARLOS. Y qué digo si me pregunta por las babuchas?

VICTORIN. (Con gravedad.) Que vuelvo al momento. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

CÁRLOS, despues D. RUFINO.

CARLOS. Casarme con mi prima Nicolasa!... con una lugareña!... primero me dejo llevar á San Bernardino!...

RUFINO. (Saliendo.) Dónde está ese tunante?

CARLOS. Padre! (Se abrazan.)

RUFINO. Te has dado tanta prisa en irme á esperar que has llegado tarde!... no es eso?

CARLOS. El cochero ha tenido la culpa; yo, porque usted viniera con más comodidad, fuí á buscar un carruaje, y al llegar á la esquina del Prado... zás!... rómpese una rueda...

RUFINO. Y qué, te has lastimado?

CARLOS. No señor: afortunadamente el penco no iba muy de prisa y el golpe no ha sido gran cosa.

RUFINO. Más vale así; pero en fin, lo principal es que estemos ya aquí.

CARLOS. (Aun no ha visto las babuchas!... respiro.)

- RUFINO. (Sentándose.) Con que, señorito, excuso repetir á usted el objeto de mi venida: esta tarde á las seis saldremos en el tren de Toledo, y mañana, si Dios quiere, estaré mos en el pueblo.
- CARLOS. Tanta precipitacion...
- RUFINO. Es indispensable.
- CARLOS. Tengo que preparar mi equipaje y...
- RUFINO. El equipaje de un estudiante se prepara en cinco minutos.
- CARLOS. Sin embargo...
- RUFINO. Qué? no te has examinado ya hace ocho dias? qué es entónces lo que tienes que hacer en Madrid? Será preciso que hablemos entónces de cosas que yo quisiera olvidar! no es eso, señorito?
- CARLOS. Y qué culpa tengo yo de que usted dé crédito á ciertas habladurias?
- RUFINO. Habladurias... eh!
- CARLOS. Sí señor: chismes sin fundamento alguno.
- RUFINO. Entónces por qué quieres detenerte más dias en esta Babel? qué negocios ni qué calabazas tienes tú que sembrar aquí?
- CARLOS. Y bien ¿qué es lo que quiere usted que yo haga tan to tiempo en el pueblo?... aburrirme, fastidiarme!...
- RUFINO. Pues me gusta!... aburrirte, fastidiarte cuándo te vamos á casar!
- CARLOS. Casarme!... conque aun persiste usted...
- RUFINO. Más que nunca: tu tio cederá al fin en dejaros el ganado vacuno y...
- CARLOS. Pero padre, es posible que aun piense usted en eso? entónces, para qué me ha dado usted una carrera? para enterrarme allí entre ciruelos y naranjos?
- RUFINO. Tú si que eres un ciruelo...
- CARLOS. Además, yo no amo á mi prima y sería un absurdo en que yo...
- RUFINO. Pues te casarás... te casarás... y te casarás, mal que le pese á Poncio Pilato. Á mí con bravatas! cuidado no coja una silla y te santigüe!... Vaya usted ahora

mismo por los billetes: la administracion de la calle de Alcalá está á dos pasos. (Breve pausa.) No ha oido usted?

CARLOS. No tengo un cuarto.

RUFINO. Ahí en mi habitacion encontrará usted dinero encima de la mesa.

CARLOS. (Bueno; así recogeré mis babuchas!) (Váse por la primera puerta derecha.)

ESCENA VIII.

D. RUFINO, despues VICTORINA por la izquierda.

RUFINO. Pues estamos bien! yo le prometo que si otra vez me levanta el gallo!... bonito genio tengo yo para eso!

VICTORIN. (Desde la puerta.) Llamaba usted, don Rufino?

RUFINO. Ah! es usted, señora?... no, no llamaba; pero...

VICTORIN. Entónces no quiero molestar á usted.

RUFINO. Molestar á usted!... quiá! no señora; es que mi hijo me ha incomodado y... por lo demas yo siempre estoy á los pies de usted.

VICTORIN. Beso á usted la mano.

RUFINO. Servidor de usted.

VICTORIN. Es usted demasiado amable! (Pongamos en juego el artículo primero! (Se sientan.)

RUFINO. Caramba!... no habia reparado: sabe usted que ese traje le sienta á usted muy bien.

VICTORIN. Favor que usted quiere dispensarme!

RUFINO. No, que... que le sienta á usted muy bien. (Breve pausa.)

VICTORIN. Con que decia usted que su hijo...

RUFINO. Me ha dado un mal rato porque no quiere venirse esta tarde conmigo.

VICTORIN. Ah!... se marcha usted tan pronto!

RUFINO. Acaso lo siente usted?

VICTORIN. Yo!... cuando hay simpatias! siempre causa un pesar... quedarse sola.

RUFINO. Sola?

VICTORIN. Sí señor; ya he dicho á usted que soy huérfana... y es tan triste la soledad...

RUFINO. Opino como usted, señora.

VICTORIN. Que despues que uno encuentra una persona amable, cariñosa...

RUFINO. Cariñosa... eh?

VICTORIN. Siempre es sensible la separacion.

RUFINO. La separacion!... (Queda pensativo.)

VICTORIN. Porque crea usted que... (Breve pausa.) Decia usted, don Rufino?

RUFINO. Eh! no, no decia nada; estaba pensando...

VICTORIN. Pensaba usted?

RUFINO. Sí señora.

VICTORIN. Tal vez en lo que hemos estado hablando?

RUFINO. Precisamente.

VICTORIN. Y piensa usted con razon: á su edad es ya una necesidad imperiosa en buscar...

RUFINO. Lo que muchas veces no se encuentra.

VICTORIN. Un hombre nunca se detiene ante los obstáculos.

RUFINO. Nunca?

VICTORIN. Nunca.

RUFINO. Es usted siempre de la misma opinion?

VICTORIN. Siempre.

RUFINO. Señora... usted tiene mucho talento; y es usted muy bonita, y...

VICTORIN. Señor don Rufino...

ESCENA IX.

DICHOS, CARLOS por la derecha.

CARLOS. (Interponiéndose entre los dos.) Qué queria usted?

RUFINO. (Levantándose sobresaltado.) Eh!... (Qué oportunidad de Angelito!) Quién demonios te ha llamado?

CARLOS. Me habia parecido; porque como no he encontrado dinero alguno sobre el velador.

RUFINO. Estará en mi chaleco.

CARLOS. Bien, bien. (Se me figura que á mi padre no le parece tampoco saco de arroz mi patroncita.) Ya, ya voy. (Observemos.) (Entra)

ESCENA X.

VICTORINA, D. RUFINO, despues CÁRLOS.

VICTORIN. Continúe usted, señor don Rufino.

RUFINO. (Acercándose á Victorina, viendo que Carlos se ha marchado.) Decia que... que no sé por qué... siento tambien tenerme que marchar.

VICTORIN. Lo siente usted?

RUFINO. Sí señora, mucho.

VICTORIN. Entonces por qué precipita usted su viaje? tal vez por la boda de su hijo...

RUFINO. (Sentandose á su lado.) De mi hijo!... es verdad; él se casa y yo... yo estoy viudo, señora.

VICTORIN. Posicion bastante... desapacible.

RUFINO. Vaya si lo es.

CARLOS. (Asomándose á la puerta de la derecha.) (Hola! cuando digo que mi padre se entusiasma!)

RUFINO. (Notando que la arruga el vestido con la silla.) Dispense usted; la he roto á usted el vestido?

VICTORIN. No señor.

RUFINO. Pues casi me alegraria.

VICTORIN. Por qué?

RUFINO. Porque así le podria á usted comprar otro.

VICTORIN. Es verdad; como es usted tan rico!...

CARLOS. (La seduce el interés!... infame!)

RUFINO. Y qué valen todas mis haciendas comparadas con...

VICTORIN. Con qué, señor don Rufino?

CARLOS. (Saliendo.) (Esto es por demas; yo me vengaré.)

RUFINO. (Con decision.) Pues sí, señora; usted merece...

CARLOS. (Interponiéndose.) Cuando le digo á usted que no encuentro ni un cuarto!

RUFINO. (Levantándose.) (Yo sí que voy á encontrarte á tí el bulto!)

- CARLOS. (Á Victorina.) Infame! perjura!
- RUFINO. (Sacando una moneda del bolsillo.) Toma y no vuelvas hasta que traigas los billetes.
- VICTORIN. (Levantándose.) Con que al fin decide usted marcharse, señor don Rufino?
- RUFINO. (Dudando.) Yo!... (Es verdad; soy un majadero!) Oye, Cárlos.
- CARLOS. Si voy por los billetes.
- RUFINO. Escucha.
- CARLOS. En un momento estoy de vuelta.
- RUFINO. Bien; pero...
- CARLOS. Los traeré de primera clase.
- RUFINO. No es eso.
- CARLOS. Bueno; los traeré de segunda.
- RUFINO. Cuando te digo que esperes.
- CARLOS. La administracion está á dos pasos y...
- RUFINO. Hombre!... cuando te digo que hay tiempo de tomar los billetes!... Arregla entre tanto tus libros y papeles que he visto revueltos...
- CARLOS. (Con marcada intencion.) Ah! sí!... en el gabinete de esta señorita. (Vuelve por otra!)
- RUFINO. En el gabinete...
- CARLOS. Sí señor: ahí guardo yo todas mis cosas!... mis babuchas... mis...
- VICTORIN. (Este imbécil va á perdernos con sus ridículos celos.)
- RUFINO. Eso es cierto?
- VICTORIN. Sí señor; la habitacion que tiene es tan reducida...
- CARLOS. Que no caben mis babuchas; las que me mandó mi encantadora prima Nicolasa!
- VICTORIN. Las tenia en tanto aprecio que me suplicó se las guardase para no estropearlas.
- RUFINO. Eso es otra cosa.
- VICTORIN. Y como en su alcoba no hay luces...
- RUFINO. Usted, que es tan amable...
- VICTORIN. Le permito que estudie en mi gabinete algunas horas del dia en que estoy ocupada en los negocios de la casa.

RUFINO. (Ya decia yo!... cómo se habia de permitir!...)

VICTORIN. (Bajo á Carlos con mucha rapidez.) (Calle usted ó nos per- demos.)

CARLOS. Con que voy por los billetes?

RUFINO. Dale con los billetes!... Ya te he dicho que entres á arreglar tus libros y tus papeles.

CARLOS. Voy entónces por mi saco de noche. (Volviendo.) Pe- ro...

RUFINO. Nada de réplicas: ya sabes que no me gusta repetir dos veces las cosas.

CARLOS. Bien, bien; no se incomode usted. (Oh! si me hiciera traicion!) (Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XI.

VICTORINA, D. RUFINO.

VICTORIN. Yo tambien me retiro, con permiso de usted, á mis domésticos quehaceres.

RUFINO. Se va usted?

VICTORIN. Si usted no manda otra cosa.

RUFINO. Yo mandar!... pues sí señora, quiero que se quede usted aquí.

VICTORIN. En qué puedo serle úti!

RUFINO. En muchas cosas, pero ahora... (Pues señor, esta jó- ven me ha quitado veinte años de encina.)

VICTORIN. (Se ha quedado pensativo!)

RUFINO. (Pero qué dirá mi hijo!... daré que murmurar en el pueblo!... y qué me importa á mí para esto, ni mi hijo ni todos los pueblos del mundo!)

ESCENA XII.

DICHOS, CARLOS, por la segunda puerta de la izquierda con un saco de noche en la mano: le deja sobre una silla, y queda despues en segundo término.

RUFINO. Señora, yo soy un labriego, es verdad...

VICTORIN. Yo no he dicho...

- RUFINO. Lo digo yo, es lo mismo; pero soy honrado como el primero: poseo algunos bienes, y mi edad... usted ha dicho que no soy tan viejo que...
- VICTORIN. Y me afirmo en ello.
- RUFINO. Pues bien, señora; usted me ha hecho conocer una necesidad que yo estaba muy lejos de sentir.
- VICTORIN. No còmprendo...
- CARLOS. (En qué parará todo esto!)
- RUFINO. Usted me ha dicho tambien que para ser feliz necesito una mujer amable, cariñosa...
- VICTORIN. Sí, pero...
- RUFINO. Quiere usted casarse conmigo? (La solté!)
- CARLOS. (Canastos!)
- VICTORIN. Señor don Rufino!
- RUFINO. Conozco que he dicho una barbaridad, pero ya no tiene remedio: usted es huérfana, pobre,—no, no lo digo por ofenderla,—pues bien, yo soy rico, honrado y...
- VICTORIN. Pero y su hijo de usted?
- RUFINO. Mi hijo se casará con su prima, y en paz y en gracia de Dios.
- VICTORIN. Y si son desgraciados?
- RUFINO. Eso será cuenta suya.
- VICTORIN. Y de usted, señor don Rufino.
- RUFINO. Pero qué tiene eso que ver?
- VICTORIN. Mucho, señor don Rufino.
- CARLOS. (Estó parece que varia de especie.)
- RUFINO. Señora, lo principal de este asunto es saber su opinion de usted sobre lo que la he dicho.
- VICTORIN. Yo!...
- RUFINO. Acabe usted por Dios!
- VICTORIN. Soy pobre... y quizá en el pueblo encontraría usted...
- RUFINO. Una lugareña... una mujer de maneras bruscas.
- VICTORIN. Es usted muy injusto, señor don Rufino, y eso le hace á usted perder mucho á mis ojos.
- RUFINO. No comprendo...
- VICTORIN. Usted no quiere casarse con una lugareña?...

RUFINO. No, señora; por eso soy viudo hace veinte años.

VICTORIN. ¿Y quiere usted que su hijo, á quien ha educado usted en la córte, á quien ha dado una carrera, se case con su prima Nicolasa?

RUFINO. Bien; si ese es el inconveniente...

CARLOS. (Oh mujer adorable!)

RUFINO. Que haga su santísima voluntad.

VICTORIN. En ese caso...

RUFINO. Consiente usted.

VICTORIN. Señor don Rufino, voy á abrir á usted mi corazón: usted me cree digna de pertenecer á su honrada familia, de estar siempre á su lado, de...

RUFINO. Sí señora, la creo á usted digna de eso y mucho más, ya me entiende usted!

VICTORIN. Pues bien, señor don Rufino, yo no debo engañar á usted: aunque pobre y huérfana hace tiempo que mi corazón no me pertenece.

RUFINO. Qué dice usted? (Cárlos, que se habrá ido acercando lentamente á D. Rufino, queda á su lado en una actitud algo estúpida.)

VICTORIN. (Con mucha ternura.) Pero eso no impide para que encuentre usted en mí una persona que con infatigable cariño reciba á usted con los brazos abiertos cuando vuelva cansado de recorrer sus posesiones; que enjugo el sudor de su frente cuando la fatiga y el cansancio se refleje en su rostro.

RUFINO. Todo eso es muy bueno, pero no me explico...

VICTORIN. Si usted me considera digna de esto!...

RUFINO. Mucho que sí, pero...

VICTORIN. Hará usted de una pobre huérfana la mujer más feliz de la tierra.

RUFINO. Es decir que... (Viendo á Cárlos, que permanece inmóvil á su lado y comprendiéndolo todo por las miradas de Victorina.) Eh!... conque... (Bonito papel he estado haciendo!) (Á Cárlos, que sigue inmóvil.) Qué se le ha perdido á usted aquí, caballero? (Breve pausa.) Se han vuelto ustedes mudos? (Pausa.) Bien, muy bien; en ese caso ya nada tenemos que hacer aquí. Señ r si puedo complace

usted en alguna cosa... ya sabe usted... que en mi pueblo... (Cárlos permanece en la misma actitud: Victorina, al otro extremo, enjuga sus lágrimas. (Está llorando!... pobre jóven!... qué culpa tiene ella de que yo haya sido un majadero!) (Acercándose á Victorina despues de un momento de vacilacion.) Hija mia!

VICTORIN. Ah!

RUFINO. Sí!... ya que no puedo dar á usted otro nombre—que lo siento mucho—me envaneceré de tener á mi lado una jóven que ha sabido hacer saltar una lágrima de ternura á este pobre patán. (Dando un empujon á Cárlos, que permanece inmóvil.) Y tú, mastuerzo, no vienes á abrazar á tu padre?

CARLOS. Conque usted consiente!... mi buen padre!

RUFINO. Sí; bueno porque hace lo que quereis. Pues mira, si no hubieras sido mi hijo, de muy buena gana te hubiera retorcido el pescuezo.

VICTORIN. Nosotros pagaremos tanta ternura | con un cariño eterno.

RUFINO. Pero ahora que me acuerdo, qué dirán á todo esto tu tío Leoncio y tu prima Nicolasa?

VICTORIN. Como se negaba á ceder á su hija el ganado vacuno...

CARLOS. Ya ve usted!... él ha tenido la culpa!

RUFINO. Teneis razon; nada, nada, hoy mismo partiremos al pueblo y en seguida...

CARLOS. Voy por los billetes?

VICTORIN. Sí, pero...

RUFINO. Qué?

VICTORIN. (Señalando al público.) Si nos vamos sin despedirnos ..

RUFINO. Es verdad; pero yo temo cometer otra necedad y no me atrevo...

CARLOS. Ni yo.

VICTORIN. Conque es decir que lo he de hacer yo todo!... (Volviéndose repentinamente.) Ah!

RUFINO. { Qué?

CARLOS. }

VICTORIN. Se me olvidaba quitar los papeles del balcon. (Los desata-

y despues vuelve al público con ellos en la mano.)

Yo lo siento!... sí señor!...
mas no lo puedo llorar;
que al fin voy á realizar
todos mis sueños de amor!
Ya ven ustedes!... me caso!
realizo mi ilusion bella,
que aunque tímida doncella
quiero salir de este paso!
Por lo tanto no vacila
mi amoroso pensamiento!...
Huéspedes!... llegó el momento!...

(Rompiendo los papeles con gravedad cómica.)

«Este cuarto no se alquila!»

FIN.

La segunda cenicient a
 La peor cuna.
 La choza del almadrano.
 Los patriotas.
 Los lazos del vicio.
 Los molinos de viento.
 La agenda de Correlargo.
 La cruz de oro.
 La caja del regimiento.
 Las sisas de mi mujer.
 Lluven hijos.
 Las dos madres.
 La hija del Rey René.
 Los extremos.
 La frutera de Murillo.
 La cantinera.
 La venganza de Catana.
 La marquesita.
 La novia de la vida.
 La torre de Garan.
 La nave sin piloto.
 Los amigos.
 La judia en el campamento, ó
 glorias de Africa.
 Los criados.
 Los caballeros de la niebla.
 La escala de matrimonio.
 La torre de Babel.
 La caza del gallo.
 La desobediencia.
 La buena alhaja.
 La niña mimada.
 Los maridos (refundida.)
 Mi mamá.
 Mal de ojo.
 Mi oso y mi sobrina.
 Martín Zurbano.
 Marta y María.
 Madrid en 1818.
 Madrid á vista de pájaro.
 Miel sobre hojuelas.
 Mártires de Polonia.
 Matallá ó la Emparedada.

Miserias de aldeas:
 a) mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Proposito de enmienda.
 Pescar á rio revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardin.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pension.
 Para dos perdieces, dos.
 Préstamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convidó al Coronell...!
 Quien mucho abarca.
 ¡Que suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvo el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (Patron de Madrid.)
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula tuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Thajarar por cuenta ajena.
 Todos unos.
 Torbellino.
 Un amor á la moda.
 Una conjuracion femenina.
 Un dómine como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una leccion reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocacion.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una leccion de córte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero
 Un si y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una leccion de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un viejo pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angelica y Medoro.
 Arnas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Ardides y cuchilladas.
 Claveyina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Cébro y Flora.
 D. Sisenando.
 Doña Mariquita.
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
 veedor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctrino.
 El ensayo de una ópera.
 El calesero y la maja.
 El perro del hortelano.
 En ceuta y en Marruecos.
 El leon en la ratonera.
 Enredos de carnaval.
 El delirio (drama lirico.)
 El Postillon de la Rioja (Música.)
 El vizconde de Letorieres.
 El mundo á escape.
 El capitán español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 El último mono.
 El primer vuelo de un pollo.
 Entre Pinto y Valdemoro.
 El magnetismo... ¡animal!
 El califa de la calle Mayor.
 En las astas del toro.)

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El juicio negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraiso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanás. (Música.)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (Música.)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la córte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (Música.)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitaniilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (Música.)
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcala de Henares.</i>	Z. Bernejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Makon.</i>	P. Vinent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro	<i>Malaga.</i>	J. C. Taboada y F. de Moya
<i>Alicante.</i>	Viuda de Ibarra.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Olona.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Mataro.</i>	N. Clavell.
<i>Almeida.</i>	M. Alvarez.	<i>Mondonedo.</i>	Viuda de Belgado.
<i>Andújar.</i>	D. Caracuel.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos de Andrion.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Avila.</i>	S. Lopez.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Aviles.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Orhuela.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Bacza.</i>	J. R. Segura.	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Oviedo.</i>	Hijos de Gutierrez.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I. Cerdá.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelibert.
<i>Bejar.</i>	P. Lopez Coron.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios Barrera.
<i>Bilbao.</i>	E. Delmas.	<i>Pontevedra.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Burgos.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Priego (Cordoba.)</i>	J. de la Gámara.
<i>Cabra.</i>	B. Montoya.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Valderama.
<i>Caceres.</i>	J. Valiente.	<i>Puerto-Rico.</i>	J. Mestre de Mayagüez.
<i>Cádiz.</i>	V. Millas y Compañia.	<i>Requena.</i>	C. Garcia.
<i>Galatayud.</i>	F. Molina.	<i>Reus.</i>	J. Prius.
<i>Canarias.</i>	F. Maria Poggi, de Santa Cruz de Tenerife.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
<i>Carmona.</i>	J. M. Eguiluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez.
<i>Carolina.</i>	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreno.	<i>San Fernando.</i>	R. Martinez.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>San Ildefonso (La Granja)</i>	J. Aldrete.
<i>Castroñudiales.</i>	M. Ocharán.	<i>Santucar.</i>	I. de Oña.
<i>Ceuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda.
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	S. Hereto.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.	<i>Santander.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
<i>Cuenca.</i>	M. Mariana.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Ecija.</i>	J. Guill.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ferrol.</i>	N. Taxonera.	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Figueras.</i>	M. Alegret.	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Gerona.</i>	F. Dorca.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Veraton.
<i>Gijón.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Tarragona.</i>	V. Font.
<i>Granada.</i>	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.	<i>Teruel.</i>	F. Baquedano.
<i>Guadalajara.</i>	R. Onana.	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
<i>Habana.</i>	M. Lopez y Compañia.	<i>Toro.</i>	L. Poblacion.
<i>Haro.</i>	P. Quintana.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
<i>Huelva.</i>	J. F. Osorno.	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Huesca.</i>	H. Guillen.	<i>Tuy.</i>	M. Martinez de la Cruz.
<i>Irun.</i>	R. Martinez.	<i>Ubeda.</i>	T. Perez.
<i>Jativa.</i>	J. Perez Flixá.	<i>Valencia.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J. Marianas y Sanz.
<i>Jerez.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Valladolid.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz.
<i>Las Palmas (Canarias).</i>	J. Urquia.	<i>Vich.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Leon.</i>	Minon Hermano.	<i>Vigo.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Lerida.</i>	J. Sol é hijo.	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	L. Creus.
<i>Linares.</i>	R. Carrasco.	<i>Vitoria.</i>	A. Juan.
<i>Llogroño.</i>	P. Bieba.	<i>Zafra.</i>	A. Oguet.
<i>Lorca.</i>	A. Gomez.	<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
		<i>Zaragoza.</i>	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Principe.